

17 de octubre 1959

La Transfiguración del Presidente

Por Manuel López Pérez

Al elaborar esta modesta nota para cuya perfección se necesitarían las cualidades de un escritor profesional —condiciones fuera de nuestro alcance— hemos procurado al menos lograr una selección de términos, con el objeto de expresar con la mayor exactitud y a la vez con inquebrantable entereza, el comentario relativo a la gallarda conducta política y social que ha exhibido nuestro Presidente, durante su estancia en los Estados Unidos de Norteamérica, ante los ojos espectantes del mundo entero.

Guyau postulaba en el arte, la necesidad de la perspectiva temporal para que se diera en la mente del contemplador la plenitud del valor estético contenido en la obra artística, y ello, porque el transcurso del tiempo era también indispensable en la mente creadora que debería trabajar más bien que ante la presencia de la realidad inspiradora, con la lejanía de su recuerdo; en ambos casos, era imperativo indispensable una distancia en el tiempo. En la técnica pictórica, se encuentra un gran adelanto, favorable a la imagen situada en los cuadros conforme a primeros y segundos planos, respecto de los "primitivos" en que las figuras aparecen en una misma línea de presentación. La historia, si se considera como obra de arte, porque revive un personaje, un pueblo o una época, también lo es ante la consideración de que los personajes HAN SIDO, o sea que media entre ellos y los lectores de historia, un período de tiempo que los ha destacado, presentándolos con lo que de más característico —por ser lo más substancial en ellos, —se muestra configurándolos sintéticamente, permitiendo la idealización tendiente al prototipo, no obstante que el juicio sea un panegírico o vigorosamente peyorativo. El hombre —decía Ortega con filosófica fruición,— no sólo es el hombre, sino también su circunstancia, y nosotros nos permitimos presentar el lado negativo de la proposición: a veces el hombre no logra serlo, por falta de la circunstancia, aunque en esta vez no se trata de una nota de onticidad, sino simplemente de "mostración". Sucede, en efecto, que si no hay ocasión, no podrá mostrarse un orador, si no hay un Estado al frente del cual se le coloque, un hombre no se mostrará estadista. Pues bien, esa ocasión, en el caso del Presidente López Mateos, se está dando desde que inició su vida pública, pero empieza a ser plena cuando llega a la Presidencia, y empieza a culminar ahora que ampliéndose el foro para su presencia, ya no se presenta a los ojos de México, sino a los ojos del mundo. La circunstancia feliz ha sido la distancia. Desde los Estados Unidos, se ha perfilado ya, no sólo para su pueblo, sino para todos los pueblos, su contorno gallardo de gran estadista, de gran orador, de gran patriota, de gran político, de admirable sociólogo, de gran caudillo espiritual en el comando de las fuerzas del bien. López Mateos se ha comenzado a universalizar, y decimos que ha comenzado porque le esperan aún brillantes oportunidades para revelarse en plenitud. A la brillante conducta, múltiple y valiosa que ha ostentado nuestro Presidente en su cruzada que el amor a su patria le inspiró, es a lo que llamamos la transfiguración del Presidente.

Pasa a la h n° 2

Pag 55

Ningún ambiente es más propicio para la negación, para el ocultamiento malintencionado de las virtudes de un hombre, que la propia patria en el sector de sus peores hijos. Y así quedó consignado en la sordidez de los textos evangélicos: "Nadie es profeta en su tierra". Pero también es cierto que la excelsitud reconocida por los ajenos jamás tiene más vigencia que entre los propios, porque la miseria del hombre lo condena a sufrir el castigo de sus disimulos en la exaltación y reconocimiento de sus propios valores, y ante ellos tiene que inclinarse, ruin y servilmente, cuando los juicios extraños han hecho una consagración.

El Presidente López Mateos volverá a México con una agigantada estatura, no porque no la haya tenido, sino porque conjugada la propiciadora circunstancia de la lejanía, ha podido demostrar que ilumina sin quemar, que orienta sin alardes mesiánicos, que enseña sin conducir a la confusión. Al hacer distancia, López Mateos ha crecido, pero sólo en función de la perspectiva, porque su personalidad siempre ha sido la misma, y sus dimensiones morales no han cambiado; en su patria quizá sucede lo que se dijo en el prologo: los árboles no dejan ver el bosque. Pero de aquí en adelante el bosque será visto, sin que ello se atribuya al espejismo, a la alucinación. El Presidente cuya ausencia motivó la duda sobre su investidura —duda que denuncia la ignorancia de nuestras leyes— ya no puede ser menoscabo con la suposición de que existen superpoderes en México; la presencia presidencial rebasa ya las posibilidades de considerarlo diluido en la atmósfera ministerial o secretarial, aludiendo al ámbito de la acción de sus secretarios; ya no se le considerará como un tercero o cuarto de los jefes, reales o supuestos de facción beligerante en nuestro país, ya sea porque estas facciones existan o se les de existencia imaginaria con fines aviesos. No, ahora volverá un Presidente tal como potencialmente ha sido. Y su energía y sus capacidades y su acción se harán sentir en la medida que la salud de México, las necesite.

Reconocido México "como el país más celoso de su soberanía"; reconocido su presidente como un altísimo valor humano por su cultura, su patriotismo, su simpatía, su inteligencia, su reluciente integridad moral, no podrá decirse que se convierte en representante, expositor o defensor de ninguna política o sistema económico condonables, porque en la aureola que le ha servido de marco en su paso por los pueblos visitados, la denuncia de la inconveniente, el señalamiento del error; su postura docente y crítica a la vez, lo preservan de cualquier baja suspicacia. Ha ido a buscar trato igualitario y justo y equitativo para los intereses de su patria, y lo ha conseguido. Vendrá victorioso, porque su triunfo se debe a las victorias sobre sí mismo. Y con justa razón, podemos proclamarlo, con la integridad ciudadana que él mismo nos conoce, como nuestro gran Presidente a quien anunciamos transfigurado.

19